

## EDUARDO ANGUIITA Y SU POEMA “LA VISITA”

*Juan Gabriel Araya G.*

Instituto Profesional de Chillán.

La obra de Eduardo Anguita trasciende poesía y filosofía y logra hermanar en su interior imagen y pensamiento con tal tino que logra la síntesis ideal de apropiación estética y teórica a la vez. Varias veces nos hemos preguntado acerca del por qué su línea de primera calidad ha sido tan poco estudiada en nuestro medio chileno; pese a la sincera preocupación que ha existido siempre sobre su poesía en calificados centros intelectuales, los análisis exegeticos han sido mezquinos. Creemos que ya es hora que nos iniciemos en la preocupación mayor del quehacer académico y cultural: lograr que sus poemas sean objeto de lectura permanente y de investigación laboriosa, a fin de abrir las letras chilenas a nuevos territorios, poco habitados por la crítica.

En breves líneas introductorias, puntualizaremos que el inicio poético de Anguita se encuentra ligado al creacionismo de Vicente Huidobro. Su admiración por el poeta de *Altazor*, poéticamente se encuentra expresada en su original “Mester de clerecía en memoria de Vicente Huidobro”, escrito en castellano arcaico y ‘por encargo de Gonzalo Berceo’. Sus compañeros poetas más destacados de su época inicial fueron Teófilo Cid y Braulio Arenas. A la poesía española contemporánea se encuentra ligado —creemos— por su entusiasmo por la poesía de Gerardo Diego y Luis Cernuda. En relación con su supuesta adhesión al grupo “Mandrágora”, el propio Anguita, en carta fechada el 3 de agosto del año 1976 y dirigida al autor de este trabajo —desde 1944— de considerarlo integramente del grupo surrealista “Mandrágora”, incluso en calidad de jefe, en circunstancias de que jamás ha estado adscrito a ese movimiento y que, más aún, sostuvo polémicas con sus miembros. En efecto, Anguita nunca formó parte del mandragonismo chileno, pero sí integró “David”, aunque jamás se constituyó en grupo ni tampoco cuajó en revista oficial. es decir “David” fue solamente el poeta Eduardo Anguita.

Ahora bien, ¿cual es la verdadera filiación del poeta Anguita? Estimamos que su espíritu no es surrealista, sino más bien de conocimiento riguroso; en este sentido, apunta a un tipo de poesía cerebral, desentimentalizada y cognoscitiva. Recordemos unas importantes declaraciones formuladas el año 1935 en plena juventud del poeta:

“La poesía de hoy es de conocimiento, ésa es su cualidad específica. Nuestro “cerebralismo”, como llaman ciertos críticos a nuestra característica superior (como si se pudiera hacer poesía con los pies), es nuestra conquista en el arte, y le da una calidad tanto más humana cuanto que la inteligencia comanda al ser, lo representa íntegramente, y lo estremece a menudo con su intensidad de largos fuegos”<sup>1</sup>.

Como se puede apreciar, el propio Anguita, inicialmente, determina los límites de su poesía; su “cerebralismo” emerge como una conquista del arte y da a conocer su posición de vate del conocimiento. Estimamos que esta postura primera es válida para su *Poesía entera*; por lo menos, la publicada hasta el año 1971. Evidentemente que se puede ampliar más este juicio, pero ello excedería los contornos precisos de este ensayo.

La caracterización general de su poesía —al parecer— apunta a sus resonancias amplias y menores del creacionismo, a ciertos contenidos bíblicos (algunos correlativos) y a la presencia de la filosofía griega clásica.

Las preocupaciones esenciales que la invaden se refieren al problema del tiempo, del ser y del más allá. Una honda religiosidad vertebró el significado poético, la cual proviene de un rigor mental y no de arranques místicos tradicionales u ocasionales posturas religiosas cristianas.

La posición de Anguita en el contexto poético es singular y original. Aparece como un excelente poeta de la especulación filosófica, del cristianismo y del sentimiento contenido y sereno. En esta línea encontramos muy pocos poetas similares. Por esas mismas razones sus relaciones con el surrealismo fueron muy tangenciales; aunque fue compañero de generación de importantes poetas surrealistas, no llegó a contaminarse con dicho movimiento. Pensamos que es bastante decidora la afirmación de Jorge Elliot, quien afirma lo siguiente:

“Eduardo Anguita es otro poeta importante que surge del medio urbano. No sigue el mismo camino de Arenas. Probablemente porque su catolicismo se lo impide. Elabora una doctrina propia en la cual se percibe el estímulo del “creacionismo”. Su sentimiento es dominado, como era de esperarse, por sus íntimas convicciones religiosas, aunque no hace una poesía mística o aun devota”<sup>2</sup>.

Creemos que la declaraciones de Elliot tienen plena vigencia.

### LA VISITA

Poema de Eduardo Anguita.

Espéranos bajo el ciruelo, zagal de los difuntos.

Abrenos ese estanque, el corral silencioso que la resaca de estrellas y el dorado crepúsculo solar lavan día tras día.

<sup>1</sup>En *Antología de poesía chilena nueva* Eduardo Anguita y Teibelboin (1935), cita reproducida en *Orfeo*: “33 nombres claves de la actual poesía chilena”, Santiago de Chile, 1968.

<sup>2</sup>En *Antología crítica de la nueva poesía chilena* de Jorge Elliot, Santiago de Chile. Publicaciones del Consejo de Investigación Científica de la Universidad de Concepción, Nascimento, 1957.

Las hierbas altas acallan a medias las lápidas marchitas;  
 Mensajes antiguos que debemos leer muy lentamente  
 Palabras, tal vez: no para ser pronunciadas,  
 Sino palpadas apenas con la tibieza del sol.  
 Así pasan el lagarto moroso, la araña, el saltamontes,  
 Y hasta el viento del páramo marino sobre ellas se encalma  
 Como un gran espejo tendido sobre la soledad.

Abrenos ese jardín que sólo se visita  
 Cuando alguien viene a vivir de verdad,  
 La colina que nace y muere al pie de esta capilla, ola petrificada junto a la roca  
 enemiga, ahora ambas perdonadas,  
 Ni odiándose ni amándose: ¡pasadas!  
 Los huesos ya llegaron al hueso, la sangre tocó el puro fluir,  
 Y el tiempo vuelve. Colina de muertos que una invisible corriente  
 Gasta, acrecienta y purifica.

Fin de estío. ¡Qué sentido tiene decirlo en el Cementerio de Totoral!  
 Jardín donde los años maduran mejor que los mismos veranos en cualquier  
 huerto  
 terrestre.

Fin de estío en este rincón rural adonde han vuelto quienes siempre debieron  
 vivir juntos.

Allí mismo estaba la eternidad, aquí, tan cerca de ellos, tras la tapia y el cerco  
 rústico de Cristián, zagal del pueblo;

Allí, tras de la casa, debían ir los amigos a contarse las nuevas familiares.

Estaba reservado el lugar para cada uno —los forasteros frente a la casa, los  
 forasteros en el atrio,

Parloteando, charlando, despidiéndose estridentes—: pero atrás, atrás,

En el huertillo oloroso que los dueños de casa siempre desearon marchito  
 porque

lo marchito es signo de vieja amistad leal,

Atrás, detrás de la casa, tras la verja,

La conversación íntima de los amigos eternos.

Fin de estío en este cementerio costero, tierra adentro.

Primera tarde de otoño, sol dorado, tan lejano de luz,

Tan próximo por su delicadeza,

Deslízate sobre esta ladera cercada como un huerto.

Tumbas detenidas (los remos dejados a los vivos, los jóvenes y los forasteros):

Entre los filos de la alfalfa, mármol desvanecido, eternidad lugareña,

Lee tú en el aliento del sol otoñal:

“Muerta el 11 de mayo de 1857.

Pronto se reunirá a ella

Su inconsolable esposo”.

Oh, juventud impaciente: en esta lápida grabasteis la promesa de reunirnos  
 pronto.

Pronto:

Y el pronto tardó tanto en llegar: demoró, dolió, se ocultó, casi se olvidó,  
 germinó,

reapareció,

Maduró, interminables años.

Pero a su lado, por fin, como si siempre hubiesen estado juntos, vetas tranquilas del

mármol que nadie imagina fueron tempestad,  
¡A su lado, por fin!:

“Aquí vino a reunirse

A su querida esposa

El 6 de enero de 1902”.

1857...1902. ¡Cuánto tiempo —45 años— separándolos!

¡Y cuánto tiempo —48 años— desde que aquel otro tiempo desdichado cesó,

¡Cuánto tiempo entre su reencuentro feliz y ahora nosotros!

¡Y cuánto —93 años— entre la muerte de ella, cuando eso comenzó a transcurrir, y

nosotros ahora!

¡Cuánto tiempo amargo sucediendo, y por fin cesado para hacerse feliz:

Más el tiempo dichoso transcurrido y poco a poco olvidado hasta hacerse irreal!

Y, nuevamente, sumando desde fuera del seto como si todo esto hubiera sido siempre un

pasado, hecho para nosotros, decir:

Está bien. Todo eso es real.

¡Y cuánto tiempo más para quien lea estas páginas tanto tiempo después!

¿Quién, quién ha esperado?

Y el mismo sol besando la colina, las tumbas detenidas, Y...

Fin de estío.

Estamos en 1950, en un huerto marchito en Totoral, la colina donde resbalan los muertos

y las enredaderas,

La colina de los amigos. ¡1950! Tanto tiempo perdido estaba aquí, tierra adentro,

adonde hemos llegado sin pensar, agolpados como una ráfaga de niños a una

Charla grave.

Tanta vena fértil, tanta impetuosa lágrima, ¡mas que existieron! ¡existen!

Son: huellas en el mármol, inmóviles, como se ve el mar desde la altura: un epitafio.

Todo ello rescatado para nosotros, que nada hemos sufrido, a quienes se nos da la

extrañeza del viento.

¡Aquel lejano, largo pronto,

Para nosotros, importunos, es pronto otra vez!

Ambas vidas, ambas muertes, las dos aquí próximas sin medir ni una hierba.

Esposa y esposo cara a cara,

El tiempo hendido, la llaga que debía cerrarse.

(Las aguas que una mano fugaz —45 años— separó un breve instante),

La palabra está ahora reunida,

Y el tiempo, plácido, lúcido, admirable.

Esposa y esposo, dos extremos vacíos

Para dar vida a la separación.

¡Juntos aquí dos labios de tiempo un solo beso

Viejo y nupcial!

## ANÁLISIS TEXTUAL DEL POEMA "LA VISITA"

El poema "La visita" ha sido mencionado por varios críticos, sin embargo ninguno ha profundizado en su análisis, con la excepción del poeta Miguel Arteche, quien ha realizado algunos alcances interpretativos. Muchos lo han considerado un poema crítico. Luis Sánchez Latorre, en un artículo periodístico, expresa: "Veo a Eduardo Anguita orando ante una tumba del cementerio de El Totoral. Oración que el tiempo convertirá en el prodigioso poema crítico "La visita"<sup>3</sup>. No obstante, consideraremos que el poema en cuestión, escrito en 1950, tiene perfectamente un nítido ángulo de interpretación, pues es ejemplar en cuanto a la mostración de diferentes tiempos de realidad, a través de un juego de fechas y de un sujeto múltiple que se halla ubicado en el tiempo y fuera de él. Este poema constituye un notable ejemplo de poesía cerebral, emotiva y religiosa a la vez; por consiguiente, entregaremos algunas claves para su mejor lectura y comprensión.

El texto poético se encuentra inserto en la sección VI, titulada "Palabra perpetua", dedicada "Al padre Alfonso Escudero", de la obra *Poesía entera*. Pensamos que representa una magnífica muestra del arte poético de su autor. Su concreción temporal, al mismo tiempo que su aire de eternidad configuran un modo de representación de la realidad muy *sui generis*, pues el texto se erige como un deseo de materialización y de abstracción a la vez. El título significativo y asociativo nos remite a una acción de llegar e irse, a una llegada y a un regreso, como la vida a la muerte, como el amor al olvido; en suma, como el instante a la eternidad. Tal situación conceptual determinará que, en la práctica y en la ejecución misma del poema, los espacios líricos estén determinados por las coordinadas del ser enfrentándose a la terrible realidad de la muerte y del destino eterno. Los sujetos —portavoces del hablante implícito— constituyen voces adjudicadas a un 'nosotros' y a un 'ello'. Ambos son mostrativos de situaciones de deseo y aspiración, por consiguiente el orden lírico está determinado por una poderosa voluntad de organización del ser. En la medida en que estimamos posible el afán de armonizar los aspectos circunstanciales de la vida y la muerte, bajo el común denominador de la eternidad, encontraremos la razón poética en referencia. La estructura estará dada en ese destino final.

En una primera lectura, el poema se nos presenta en dos niveles semánticos: Uno, conducido por un sujeto 'nosotros', el que nos introduce en un mundo de confrontación con la muerte, y otro, mostrado por un sujeto inderterminado, que ofrece una representación evocada y costumbrista del mundo. Por encima de ambos, actúa el verdadero hablante lírico, esto es 'la visita', cuyo importante papel es organizar lírica, gramatical y significativamente el poema.

Ahora bien, opera en el interior del poema —que tiene por motivo central la promesa del esposo frente a la tumba de su esposa— una ley estructural que denominaremos ley de correspondencia o de separación y unión. Procuraremos demostrar su validez y la idea conductora que ella nos remite a una voluntad de eternidad.

<sup>3</sup>Cita del artículo "Una historia secreta" de Luis Sánchez Latorre, publicado en el diario: "Las Últimas Noticias", Santiago de Chile, 10 de julio de 1976.

Para fijar el análisis, trabajaremos con las categorías de lectura y escritura. Entendiendo la lectura como el acto de descifrar un misterio, mundo o destino. Y a la escritura como un acto de promesa inscrita que se cumple a través de la lectura o interpretación. Creemos que en este sentido de verso encontraremos la clave interpretativa y la unidad del poema.

Las dos primeras estrofas se encuentran guiadas por un sujeto 'nosotros' que enfrenta a un oculto 'tú', solicitándole ciertos actos ubicados en el tiempo presente. El tono peticionario expresa un deseo que ese 'tú' realice el acto de esperar y abrir. Como todo está en el momento presente, se instaura de partida el momento de escritura del poema y de la situación intertexto que se va a producir.

El comienzo es el siguiente:

*"Espéranos bajo el ciruelo, zagal de los difuntos.  
Abrenos ese estanque, ...*

.....

*Las hierbas altas acallan a medias las lápidas marchitas;  
Mensajes antiguos que debemos leer muy lentamente  
Palabras, tal vez: no para ser pronunciadas.  
Sino palpadas apenas con la tibieza del sol<sup>4</sup>.*

La exigencia peticionaria nos hace penetrar en un mundo que se desea esperado y abierto. Semánticamente ese mundo es el del cementerio —no el de la muerte todavía—, contemplado por una persona viva que anhela, desea y espera encontrar un espacio abierto, ilimitado y eterno. Las lápidas marchitas que contienen mensajes antiguos, funcionan como elementos indiciales que precisan un camino y señalan una escritura por descifrar (por leer).

Los primeros versos indicados realmente programan el texto, pues corporizan una voluntad de querer ver abierto un mundo, al mismo tiempo que exigen descifrar un mensaje por intermedio de una lectura atenta, donde las palabras no serán pronunciadas sino apenas palpadas "con la tibieza del sol". Dos verbos tiñen conceptualmente este comienzo lírico: espéranos y abrenos. La actitud conativa e imperativa y el temple de ánimo solicitante tienen un destinatario simbólico. Por lo tanto, ya podemos establecer que estamos frente a una primera búsqueda de correspondencia con el ser de la eternidad, pues este es un zagal de difuntos que abre "el corral silencioso". La separación pretende la unión. La abertura requerida se erige —entonces— como la muerte, explicitada más adelante como "jardín que sólo se visita / Cuando alguien viene a vivir de verdad". La muerte asume la representación de un vivir de verdad en el contexto poético instituido por un sujeto trascendente.

El sujeto indeterminado —presente a partir de la tercera estrofa, en cambio, es mostrativo de un mundo más concreto, no tan subjetivo ni tan voluntarioso como el precisado anteriormente por el 'nosotros'. De tal forma que en esta

<sup>4</sup>El subrayado es nuestro. Las citas del poema pertinente corresponden a la obra de Eduardo Anguita, *Poesía entera*. Santiago de Chile Col. "Letras de América", Universitaria, 1971.

nueva instancia lírica se muestran el "Fin de estío", "el rincón rural", "los vecinos y el huertecillo", "la conversación íntima de los amigos eternos". La mayor parte de ellos, tópicos costumbristas que en su ejemplificación actúan en consecuencia como un modo de concreción del tono peticionario anterior del 'nosotros'. Si este último pide que se abra un jardín para ver la eternidad, el sujeto indeterminado muestra la eternidad que se alberga en él. Y precisando más aún, representa todo aquello que aparentemente estuvo, permaneció y murió.

Una clara manera de concreción representa la alusión directa y concreta a Cristo, como un símbolo de la permanencia eterna. El "zagal de los difuntos", señalado anteriormente, ahora se materializa en "Cristián, zagal del pueblo". Se corporiza, pero al mismo tiempo se simboliza. Cristián es Cristo, el conductor de rebaños, de almas y espíritus. En este caso, es el espíritu presente en un rústico. La hábil homología permite apreciar un cambio de situación a través de distintos sujetos. Es evidente que esta nueva representación lírica tonifica y robustece de religiosidad cristiana al poema; por consiguiente, ya sabemos que se tratará de una correspondencia del alma con su Dios en la eternidad. La separación terrenal se transformará en una unión per sécula en el más allá. La concreción absoluta se encuentra textualmente indicada en aquel "Allí mismo estaba la eternidad". Vale decir, allí en Cristo, omnipresente en la vida y en la muerte. Leamos los siguientes versos:

"Allí mismo estaba la eternidad, aquí, tan cerca de ellos, tras la tapia y el cerco rústico de Cristián, zagal del pueblo".

Sin embargo, la funcionalidad significativa del poema se va a intensificar y a poner en tensión con otro texto capital: el de los epitafios. Otros sujetos, pero el mismo hablante implícito. Los epitafios contribuyen a fijar otros momentos de la escritura y lectura, pero ahora las realidades son absolutas y trascendentes. La escritura representará a la muerte; la lectura, el afán y la voluntad de penetrar en ella. La lectura es la vida que penetra en la muerte. El adverbio de lugar 'pronto' ocupa sintáctica y semánticamente la función de mayor relieve. Supera en valor poético —ahora— a los verbos abrir y esperar. Existe un tono imperativo y aseverativo en la vieja promesa:

"Lee tú el aliento del sol otoñal:  
Muerta el 11 de mayo de 1857.  
Pronto se reunirá a ella  
Su inconsolable esposo".

Desde el otro texto —enunciado en los epitafios—, asistimos a una vertiginosa marcha del tiempo que nos compromete y nos incluye a todos. Frente a esta nueva estructura podemos formular las siguientes observaciones: Adquiere sentido en el poema otro texto —un epitafio—, una escritura dedicada a un

difunto. Así como el epitafio se coloca sobre la sepultura, ahora se coloca sobre el poema. Un texto críptico sobre un texto poético. Por otra parte, la inscripción —sin duda— se refiere a esos “Mensajes antiguos que debemos leer...”, consignados en el inicio del poema. En la práctica, se propone la lectura de una escritura. El primer momento de escritura y lectura es el año 1857, año de la muerte de la esposa y de la promesa del esposo. El adverbio ‘pronto’ señala el tiempo de reunión, y se encuentra actuando potencialmente por sobre cualquier otra circunstancia; rige en forma absoluta, no obstante la temporalidad de ese ‘pronto’ que “tardó tanto en llegar”: demoró, dolió, se ocultó, casi se olvidó, germinó, reapareció...”

Por consiguiente, ese ‘pronto’ nos suena a ironía y a eternidad, porque a la postre resulta lo mismo un pequeño o un gran lapso. ¿Qué significan en el contexto inmenso un ‘pronto’ o un ‘siempre’? El pronto maduró como el verano o los años del cementerio. Y al final el tiempo se topa con el tiempo:

“Aquí vino a reunirse  
a su querida esposa  
el 6 de enero de 1902”

Los versos anteriores señalan el segundo epitafio. Su lectura nos informa que la palabra dada se ha cumplido; el poema nos señala el verdadero punto de concurrencia del tiempo, pese a los años de separación (“1857...1902 ¡Cuánto tiempo —45 años— separándolos!”); la deseada unión se produce al fin. La palabra escrita ha sido leída y se ha concretado la reunión pactada en el viejo cementerio costero de Totoral. En esta instancia de convergencia el tiempo no importa. El tiempo es totalizador y nos envuelve a todos. Leamos el dictado del poema:

*“¡Y cuánto tiempo más para quien lea estas páginas  
tanto tiempo después!*

¿Quién, quién ha esperado?

Y el mismo sol besando la colina, las tumbas detenidas. Y...

Fin de estío”.

Los versos anteriores nos indican nuevos momentos de lectura. Sin ser epitafios, los versos funcionan en el entorno lírico como tales. El ‘otro texto’ (el de los epitafios) ha invadido el texto central en una relación de intratextualidad. Y con ello dos instancias líricas han quedado planteadas, revigorizando el mensaje poético: Una, señala por el ahora: “y nosotros ahora”, y la otra, referida hacia el futuro “para quien lea estas páginas tanto tiempo después”. Por supuesto que ambas puntualizan otras posibilidades, virtualidades, las cuales necesariamente se potencializarán en el acto mismo de la eternidad, en el de la correspondencia final y deseada.

Por consiguiente, la lectura aparecerá como un acto de desciframiento de la muerte y como una poderosa voluntad de introducirse en ella. Sin embargo, emerge la gran pregunta: ¿quién escribe los epitafios? La respuesta —sin duda— estará en consonancia con el pensamiento trascendental del poema, donde se hace presente la idea de religarse, unión, ligazón última de las realidades ontológicas.

No obstante, la fijación del presente, del actual y circunscrito a días, lugares y pormenores cotidianos no se oculta en ningún momento. Y ahí se encuentra la persistencia en ese 1950 del cementerio de Totoral y las alusiones al paisaje y a los amigos, desde donde se reflexiona sobre la relatividad del tiempo.

En un estricto análisis textual, podemos fijar en el texto cuatro momentos de lectura, que constituyen al mismo tiempo instantes de detención y reflexión ontológica capitales que otorgan al poema su honda trascendencia y a la poesía de su autor un sitio de honor en la lírica chilena de hoy día.

La lectura atenta y la perspectiva poética nos remite a un *antes* y a un *ahora*; a un *texto* y a un *otro texto*; a una *historia pasada* y a un *presente*; a una *actualidad inmediata* y a un *futuro envolvente y proyectivo*. Las muertes (y promesa del esposo) de los esposos son la historia que se narra; el antes, la eternidad por sobre los instantes mismos de la separación. El esposo ha cumplido su palabra; se refunde en la tierra infinita con su esposa, con una indudable presencia de lo eterno.

Dos momentos exactos, integrados en uno sólo. No obstante, existe un ahora señalado por la escritura del poema mismo (referencialmente el año 1950, la fecha de la elaboración del poema) y una lectura realizada supuestamente por un lector ficticio. Y más aún. En un increíble esfuerzo dialéctico; el presente se incorpora a un futuro ("¡Y cuánto tiempo más para quien lea estas páginas tanto tiempo después!") que será irremediabilmente vivido por los lectores posteriores a lo largo del tiempo. ¿Idea de eternidad de la poesía? Y este será el último momento de lectura del texto fundamental. En todos ellos, los modos de ser de la temporalidad interviniendo en forma diversa y unitaria, facilitando el hecho de que el tiempo opere como un lugar de reunión, de unión y de correspondencia entre la vida y la muerte, entre esta realidad y la otra realidad.

Por tanto sustentamos —en breve síntesis— que en el poema existe la idea central de la instantaneidad de la vida, pues ésta es nada más que un fragmento del tiempo y que todas las vidas se tocan y se refunden en una sola: la eterna, allí donde se produce la correspondencia definitiva y postrera. La palabra resulta ser la gran portadora de todos los significados. El poder en la palabra como sustentadora de la síntesis última, se privilegia en los versos finales:

"La palabra está ahora reunida,  
Y el tiempo, plácido, lúcido, admirable.  
Esposa y esposo, dos extremos vacíos  
Para dar vida a la separación.  
¡Juntos aquí dos labios de tiempo formando un solo beso  
Viejo y nupcial!"

Con los versos anteriores asistimos a la apoteosis de la unión en la palabra y en el tiempo. La escritura y la lectura se juntan en el verbo. El tiempo plácido, lúcido y admirable reúne la palabra y el beso de la eternidad; une las momentáneas e intrascendentes escisiones temporales.

Finalmente, consideramos que la ley de correspondencia se cumple y se ofrece en el verso certero. Y que todo el poema produce en su interioridad un

proceso de transformación, pues la separación se ha convertido en unión absoluta de ser.

Anguita consigue suscitar temor y reverencia con la hondura verdadera de sus poemas.

Anguita consigue suscitar temor y reverencia con la hondura verdadera de sus poemas. El poeta logra una profunda conexión con el lector a través de su lenguaje poético, que trasciende lo meramente estético para tocar lo esencial de la existencia humana. Su obra es un testimonio de la capacidad del arte para transformar la realidad y crear un mundo nuevo, más auténtico y más humano que el que nos rodea.

El lenguaje de Anguita es claro y directo, pero también es profundamente simbólico. Cada palabra que elige es cuidadosamente seleccionada para transmitir una emoción o una idea específica. Su poesía no se trata de adornos o de juegos de palabras, sino de una búsqueda constante de la verdad y de la belleza en el mundo cotidiano. A través de sus poemas, el lector puede sentir que el poeta ha tocado lo más profundo de su alma y que, al mismo tiempo, ha tocado lo más profundo de la propia alma.

En conclusión, Anguita es un poeta que ha logrado una verdadera maestría en el arte de la poesía. Su obra es un ejemplo de cómo el lenguaje puede ser utilizado para transformar la realidad y crear un mundo nuevo, más auténtico y más humano que el que nos rodea. Sus poemas son un testimonio de la capacidad del arte para suscitar temor y reverencia, y de la hondura verdadera que puede alcanzar el poeta cuando se compromete con su vocación.

Anguita consigue suscitar temor y reverencia con la hondura verdadera de sus poemas. El poeta logra una profunda conexión con el lector a través de su lenguaje poético, que trasciende lo meramente estético para tocar lo esencial de la existencia humana. Su obra es un testimonio de la capacidad del arte para transformar la realidad y crear un mundo nuevo, más auténtico y más humano que el que nos rodea.

El lenguaje de Anguita es claro y directo, pero también es profundamente simbólico. Cada palabra que elige es cuidadosamente seleccionada para transmitir una emoción o una idea específica. Su poesía no se trata de adornos o de juegos de palabras, sino de una búsqueda constante de la verdad y de la belleza en el mundo cotidiano. A través de sus poemas, el lector puede sentir que el poeta ha tocado lo más profundo de su alma y que, al mismo tiempo, ha tocado lo más profundo de la propia alma.

En conclusión, Anguita es un poeta que ha logrado una verdadera maestría en el arte de la poesía. Su obra es un ejemplo de cómo el lenguaje puede ser utilizado para transformar la realidad y crear un mundo nuevo, más auténtico y más humano que el que nos rodea. Sus poemas son un testimonio de la capacidad del arte para suscitar temor y reverencia, y de la hondura verdadera que puede alcanzar el poeta cuando se compromete con su vocación.